

—¿Pretendes olvidar todo tu pasado? ¿Absolutamente todo?

—Todo —contesté.

Ningún memorioso les había pedido eso nunca. Todos los agentes de la empresa preservaban sus recuerdos de infancia. La infancia es como el lugar de nacimiento. ¡No se puede renunciar a él! Yo insistí y Hannak me pidió que recapacitara, pero por fin tuvo que rendirse. Él no estaba de acuerdo, pero la decisión era solo mía. Todos los datos personales serían borrados y guardados en un fondo de memoria bajo la tutela de la compañía.

Solo una cosa debía quedar clara. Nada relacionado con la enigmística podía eliminarse de mi cabeza. Aquella fue la condición que me impuso La Oriental. Y eso atañía a la forma en que se había sellado nuestro contrato. ¡Yo siempre debía recordar que había entrado en la empresa *voluntariamente!*

Además, debía preservar otro recuerdo virgen e inalterable: junto al instante de la orden de borrado conservaría la imagen del rostro de mis padres inclinados sobre mi cuna.

La operación de vaciado memorístico fue compleja. Me limpiaron en la antigua residencia de La Oriental en Vancouver, Canadá, última sede conocida de la organización antes de perderse en los vericuetos de Internet, y donde mi único alivio fue la amistad de Ariman, un joven chamán con el que solía compartir confidencias durante los casi dos años que duraron mis estudios. La intervención fue limpia. Mi memoria infantil quedó reducida al rostro de dos personas estudiándome con cariño. Dos rostros afables, de rasgos limpios y luminosos, de los que no tenía nada que temer. El único aspecto inquietante era una sombra negra que se cernía tras ellos como una tormenta, aunque bien podía tratarse de un efecto de la luz en mi retina.

Todo lo demás se esfumó en las brumas de un pasado que no me había dado ninguna felicidad.

Sin embargo, la descripción de Oscar Uddisi realizada por Morgana había removido ese magma que eran mis orígenes. Era como una vibración de fondo que llegaba hasta mi mente después de atravesar todo el espacio. ¿No podía alojarse allí algún secreto relacionado con el presente?

—¡Nardux! —grité una vez más el nombre de la anagramista.

Me contestó el ruido del agua a doscientos metros bajo mis pies. Y el plazo que me había dado Ariman estaba a punto de concluir.

Como última posibilidad, lancé una segunda cuerda hacia un enorme cedro que crecía casi horizontal sobre el precipicio. Quería tener una visión completa, de modo que tomé impulso y con la ayuda de un mosquetón me dejé ir hacia el vacío activando al máximo los fotogramas mentales.

Barrí las paredes hasta tocar tierra junto a las orillas verticales del afluente del Daria y anoté mentalmente las características de cada grieta, haciendo ampliaciones virtuales por si mi amiga hubiese tropezado con cualquiera de aquellas rocas resbaladizas.

Nada, ni rastro. Sin embargo, el recuerdo de la trayectoria del paracaídas me decía claramente que la enana había dirigido su vuelo hacia el cañón. Y, si eso era así, ya solo cabía una posibilidad. Y era la más triste de todas. La enana y su gato habían ido

a parar al fondo del barranco, y la corriente había dado cuenta de ellos.

Colgado sobre el vacío, estudié el curso del río. Resultaba imposible distinguir nada allí dentro. Si la anagramista había sido arrastrada por las aguas, su cuerpo debía estar ya muy lejos de nosotros, y lo que era peor, sus posibilidades de supervivencia eran prácticamente nulas.

Incapaz de resignarme, traté de descubrir algún detalle por nimio que fuese. Pero no había nada que hacer. Recordé las advertencias de Morgana: su *I Ching* había vaticinado una muerte. ¿Sería la de la enana? El vacío bramaba bajo mis pies y la rama de la que colgaba crujía con una inseguridad que, si no estuviese en juego la vida de mi amiga, me hubiese asustado. Era hora de regresar, pero en ese instante, y en apenas una fracción de segundo, las aguas transparentaron los colores de un paracaídas. El desánimo que me embargó fue absoluto. Sin embargo, acto seguido, las mismas aguas se cerraron sobre la única huella de mi amiga para dejar ver un rostro que no me costó reconocer.